

Setenta y cinco años del Fondo

GERARDO OCHOA SANDY

© *El Fondo: una crónica cultural* es un repaso de algunos de los episodios centrales en la historia de la editorial con motivo de su 75 aniversario, que se cumple el 3 de septiembre de 2009. Las siguientes estampas aluden a la búsqueda de apoyo en España por parte de su fundador, Daniel Cosío Villegas; al primer libro publicado; a las versiones sobre la autoría del logotipo, y a la gestión de presupuesto. El libro puede ser solicitado al autor vía correo electrónico (gerardoochoasandy@yahoo.com.mx).

* * *

Daniel Cosío Villegas buscó a Francisco Rubio, representante de Espasa-Calpe en México, para explicarle las ventajas comerciales de un proyecto editorial de temática económica. El ejemplo más contundente era la edición agotada de *El capital*, publicada por Aguilar. Le propuso cincuenta títulos agrupados en distintas secciones, pero no hubo respuesta. Luego le escribió a Genaro Estrada, embajador de México en España y, a instancias suyas, en un viaje que realizó a Madrid como conferencista sobre la reforma agraria, se encontró con el ministro de Instrucción español Fernando de los Ríos, colaborador de Espasa-Calpe y a la sazón encargado de los estudios de ciencias sociales. De los Ríos se reunió con el Consejo de Administración, expuso y defendió la propuesta del joven y entusiasta mexicano pero José Ortega y Gasset, el más influyente de sus miembros, se opuso.

En sus *Memorias*, Cosío Villegas evoca la célebre anécdota: “El día en que los mexicanos tuvieron que ver algo en la actividad editorial de España, la cultura de España y la de todos los países de habla española, ‘se volvería una cena de negros’”. Y acota: “Hasta en eso se había equivocado Ortega, pues debía haber dicho cena de indios y no de negros”.¹ También le malogró su conferencia.

Aparte de su bien ganada fama como catedrático y como escritor, Ortega avaló inicialmente a la República, de modo que presentó su candidatura a miembro de las Cortes, ganando una curul sin oposición alguna. No había en-

tonces una sola de las millares y millares de chicas que concurrían a la Facultad de Filosofía y Letras que no estuviera literalmente enamorada de Ortega, que no soñara con él, que no lo siguiera por la Universidad, las Cortes o la *Revista de Occidente*. Ortega y Gasset, por su parte, a más de ser, sin duda, un expositor brillantísimo, era un gran actor, y un actor que no dejaba al azar el desempeño de sus papeles. Corría por la Universidad Central el cuento, que todo mundo daba por cierto, que Ortega se pasaba las dos horas que precedían a sus conferencias repasando sus notas, memorizando los pasajes con que debía conmovier al auditorio, y todos estos preparativos delante de un enorme espejo, en que estudiaba todos y cada uno de sus gestos y ademanes. Era, así, natural, que en esta involuntaria rivalidad el pobre y oscuro profesor mexicano, llovido, como quien dice, del cielo, tuviera una acogida muy limitada.²

Faltaba un portazo más. Alberto Jiménez Frau, director de la Residencia de Estudiantes y editor de la Colección Granada, facilitó el encuentro con el dueño y director de editorial Aguilar, Manuel Aguilar:

Me dijo que el plan era de gran envergadura y que por eso no podía anticipar una opinión. Se llevaría el plan, lo estudiaría y tan pronto como le fuera posible me daría a conocer su respuesta. No pasó mucho tiempo sin que lo hiciera a través de Alberto Jiménez, y fue rotundamente negativa. Pero conservó copia del plan, y a los pocos años comenzó a publicar más de uno de sus títulos.³

Pero Cosío Villegas perseveró.

* * *

El primer título, *El dólar plata* de William P. Shea, traducido por Salvador Novo y con introducción de Antonio Espinosa de los Monteros, aparece en enero de 1935.

La elección de Novo no fue gratuita. En la revista *Resumen*, que dirigió y editó junto con Manuel José Puig Casauranc, Novo publicó entre agosto de 1931 y

¹ Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Joaquín Mortiz, México, 1976, pp. 143-147.

² *Ibidem*, pp. 145-146.

³ *Ibidem*, p. 147.

enero de 1932 la sección “El extranjero en serio y en broma”, donde escribió sobre las tribulaciones crediticias del Banco de Inglaterra, el rescate financiero que la mujer de negocios canadiense Jeannette M. Lewis hace del gobierno de Terranova, la decadencia de los casinos franceses, el alza de los precios de las plumas de avestruz, la voluntaria reducción de los ingresos anuales del rey de Inglaterra y el príncipe de Gales, la supresión del talón oro para la libra esterlina, la guerra contra el dólar...⁴

En una crónica con motivo del vigésimo aniversario del Fondo, Juan José Arreola realza la publicación por vía de la antiolemonidad:

Hace veinte años que publicamos libros. Aquí, en México. Y fundar en 1934 una empresa editorial sin miras comerciales era una desventurada utopía [...].

Sucede que por entonces tomaron impulso en nuestro país los estudios económicos. Y los estudiantes y maestros carecían de textos adecuados para sus cursos. Ya constituidos en persona moral y con grandes planes en la cabeza, publicamos *El dólar plata*, porque tenía pocas páginas y porque Salvador Novo nos lo tradujo barato. Los ejemplares de ese arduo estudio monetario tuvieron muy buena circulación, y se han hecho tan raros como los propios dólares de plata. En las vitrinas de nuestro archivo, el pequeño texto de pastas anaranjadas es el máspreciado incunable.⁵

Se alude al arranque del Fondo, también, en varias glosas al segundo título, *Karl Marx*, de Harold Laski, en traducción de Antonio Castro Leal.

Los libros salieron a la venta al precio de un peso cada uno.⁶ Había nacido el Fondo. Pero no hubo ceremonias. Pregunta Cristina Pacheco:

“¿Hubo alguna ceremonia el día que se inauguró el Fondo de Cultural Económica?”

Responde Emma Cosío Villegas, quien corrigió el libro en galeras:

“No, qué va. Estábamos todos tan pobres que para ahorrar dinero Daniel me enseñó a corregir pruebas. Yo no iba a la oficina, me llevaba el trabajo a la casa de mi madre. Entonces acabábamos de llegar de España, no teníamos casa y nos fuimos a vivir con ella a la Guadalupe

Inn. Corregí tantos textos que se me quedó la costumbre de estar buscando erratas y ahora, siempre que leo, inconscientemente las busco y las descubro”.⁷

El suceso pasó desapercibido. Lo destaca en el 50 aniversario Jaime García Terrés, su director general:

Según las Efemérides del *Calendario del más antiguo Galván*, múltiples acontecimientos relevantes tuvieron lugar en nuestro país en 1934. Citaré un racimo de ejemplos selectos, de todo género y diversa consecuencia.

Se decretó un salario mínimo de \$1.50 para el Distrito Federal, hecho que mereció una alocución especial, por radio, del Presidente de la República. Numerosos actos de protesta se llevaron a cabo en la capital contra la educación sexual, lo cual llegó a ocasionar la renuncia del Secretario de Educación, Narciso Bassols, a quien luego se nombró, con igual categoría, en la Secretaría de Gobernación. Un humilde bolero se dedicó a saquear la Biblioteca de México; la policía recuperó 420 volúmenes. La Biblioteca Nacional celebra el cincuentenario de su establecimiento. Se suprime por incosteable —aunque a los pocos meses se reanuda— el servicio aéreo entre la Ciudad de México y Acapulco. El general Lázaro Cárdenas, encabezando la planilla del Partido Nacional Revolucionario, triunfa en las elecciones presidenciales. Se instituye la Nacional Financiera, S. A., con capital de 50 millones de pesos, de los cuales aporta 20 el gobierno federal, “para fomentar las empresas de irrigación”. Se inauguran las criptas de la Catedral destinadas al depósito de restos mortuorios. En San Gabriel, Jalisco, un rayo fulmina a una señora, mientras conversaba con otras personas en la sala de su finca. Se inaugura el Palacio de Bellas Artes, tras un periodo de construcción de 30 años; se comenta que ninguno de los diputados y senadores concurrió a la inauguración porque se les asignaron asientos en las localidades altas. Se conmemora el 50 aniversario de la Sociedad Científica Antonio Alzate. Una muchacha se infiere una puñalada en el corazón. Manuel Gómez Morín renuncia a la rectoría de la Universidad Nacional Autónoma, y es designado en su lugar Fernando Ocaranza. Se inaugura el Mercado Abelardo Rodríguez, el mayor de la capital, y semanas después son clausurados el Casino de la Selva, en Cuernavaca, y el Foreign Club, en el Estado de México, lujosas casas de juego.

⁴ Salvador Novo, *Viajes y ensayos II*, compilación y edición de Sergio González Rodríguez y Lligany Lomelí, nota introductoria de Mary K. Long, hemerografía (1923-1940) de Lligany Lomelí y cronología de Antonio Saborit, FCE, México, 1999, pp. 456-523.

⁵ Juan José Arreola, “Veinte años del Fondo” en *La Gaceta*, no. 2, 15 de octubre de 1954, p. 1.

⁶ José Luis Martínez, “Efemérides 1934-1979” en *Libro conmemorativo del 45 aniversario del Fondo de Cultura Económica*, FCE, México, 1980, p. 16.

⁷ Cristina Pacheco, *En el primer medio siglo del Fondo de Cultura Económica. Testimonios y conversaciones*, FCE, México, 1984, p. 23.

Adrede he mezclado lo casi trivial con lo de mayor sustancia, de manera que se haga cabalmente obvia una laguna: no hay en esas elocuentes Efemérides la mínima referencia a la fundación de nuestra editorial. El olvido es explicable, pues nada auguraba, en 1934, que el afán de un grupo de universitarios por publicar obras de economistas mexicanos y extranjeros habría de alcanzar, andando el tiempo, el fruto notorio que en efecto consiguió.⁸

* * *

El logo del Fondo aparece desde los primeros títulos.

Se leía en las portadas: “Fondo de Cultura Económica”, probablemente para facilitarle al lector la identificación del nuevo sello. Ligeramente arriba de la mitad de la contraportada aparecía el logo, sin ningún otro elemento tipográfico que compitiera con su austeridad.

Víctor Díaz Arciniega asume la versión predominante y atribuye su autoría al pintor, dibujante y poeta José Moreno Villa (Málaga, 1887-Ciudad de México, 1955): “Moreno Villa fue el diseñador del anagrama [...] que identifica a la editorial: suya es la cruz, suyo es el cuadrante, suya es la *f* centrada y diagonal, suya es la aplicación en la portada de los libros, suyos son los fondos y los interlineados, suya es la grafía. En ese anagrama está una parte de la identidad del Fondo de Cultura Económica”.⁹

Lo había asentado así la viuda del pintor, Consuelo Nieto. En la “Presentación” a *José Moreno Villa. Iconografía*, se señala:

El Fondo de Cultura Económica ha reeditado recientemente sus trabajos *Cornucopia* y *Nueva cornucopia de México*, *Lo mexicano* y *La escultura colonial*, labor que en carta a nuestro director, Jaime García Terrés, ha agradecido la viuda de Moreno Villa, Consuelo Nieto de la Macorra, quien solicita vuelva a publicarse la autobiografía de J. M. V. y, también, se dé a conocer que el logotipo de nuestra casa editorial fue creado por el malagueño. Este año se recuerda el centenario de su nacimiento; sirva el presente libro de homenaje al “moro noble”, como lo llamó uno de sus múltiples amigos.¹⁰

En “José Moreno Villa: a la luz de sus ojos”, retoma la especie Adolfo Castañón:

El dato sobre el logotipo de la Casa lo recordó su viuda, Consuelo Nieto de la Macorra, en carta a nuestro director con motivo de la reedición de algunos de sus libros, y está publicado en la *Iconografía* de José Moreno Villa, publicada en 1988. Algunos intérpretes traviosos sostienen que la *f* simboliza una cruz a cuyos costados se acomodan un ladrón bueno por su fe en la letra (la *C* de *cultura*) y un ladrón malo (la económica *E*). No extraña que Moreno Villa haya sido el autor de ese emblema. La amistad que lo unió a los fundadores de la editorial (Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor y Alfonso Reyes) y de la Casa de España en México, hoy El Colegio de México, dejó no pocas huellas en los catálogos de ambas instituciones [...]. Que José Moreno Villa haya sido uno de los padrinos emblemáticos de esta editorial no parece casual. Si bien era la primera vez que dibujaba el emblema de una institu-

ción y participaba en un “bautismo visual”, era desde luego reconocido como pintor original y un dibujante ágil y diestro [...].¹¹

Mientras, en “¿Historia?, ¿leyenda? El logo del Fondo de Cultura Económica”, el poeta y editor Martí Soler coteja fechas y le resta fuerza a la versión. Apela a dos fuentes: la propia *Iconografía* y la autobiografía de Moreno Villa. Para 1934, Moreno Villa no conocía México. Llega hasta tres años después, enviado por la República Española, en una misión de propaganda cultural.

En la *Iconografía de José Moreno Villa*, publicada por el Fondo en 1988 y recopilada por nuestra añorada Alba C. de Rojo, aparece una conversación de Luis Cardoza y Aragón con Moreno Villa pocos días después de la llegada de éste a México, y un párrafo reza así: “Es la primera vez que estoy en México. Le conocía un poco por personas, lecturas y grabados. Me falta conocer el ambiente o la realidad directa”. En su *Vida en claro* (autobiografía), publicada en 1944, no menciona el hecho (ni siquiera se menciona al Fondo de Cultura Económica). Nada de haber hecho un logo para el Fondo.

Para clarificar la situación, Soler buscó el testimonio del decano de la editorial, Alí Chumacero, quien evoca una conversación con Francisco Díaz de León, ocurrida durante la gestión de Salvador Azuela como director del Fondo, entre 1965 y 1970. Azuela incorporó a miembros del Seminario de Cultura Mexicana, uno de ellos Díaz de León, creador y diseñador —apunta Soler— de la colección Presencia de México.

⁸ Jaime García Terrés, *Medio siglo 1934-1984. Discursos. Comentarios en la prensa internacional*, FCE, México, 1984, pp. 19 y 20.

⁹ Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1996)*, FCE, México, 1996, pp. 101-102.

¹⁰ José Moreno Villa, *Iconografía*, investigación y textos de Alba C. de Rojo, FCE, México, 1988, p. 8.

¹¹ Adolfo Castañón, “José Moreno Villa: a la luz de sus ojos” en *Allá en el Fondo*, no. 1, mayo de 1995, p. 6. Tomado a su vez de *La gruta tiene dos entradas*, Vuelta, México, 1994.

Cuando Alí Chumacero se integró de nuevo, después de un triste interregno, a las filas del Fondo y ante el persistente dicho de que Moreno Villa era el creador de nuestro logotipo, a pregunta expresa, Francisco Díaz de León contestó: “Yo diseñé el logo del Fondo de Cultura Económica”. Habría que creerle, pues Francisco Díaz de León (Aguascalientes 1897-Ciudad de México, 1975) fue un artista que dominó todas las técnicas de impresión: la xilografía, el linóleo, el aguafuerte y la litografía, un verdadero tipógrafo.

Se define Martí Soler:

Para mí, honor para quien honor merece. Si fue Moreno o fue Díaz de León, mi apuesta es para este último, quien trabajaba en México en la época, de quien se conocen logotipos, *ex libris* y demás curiosidades artísticas, y hombre de la letra tipográfica. Moreno Villa, en cambio, aunque un gran dibujante y buen pintor, conocía México apenas por unas cartas de Genaro Estrada y sí hizo amistad con Cosío Villegas, Villaseñor y Alfonso Reyes (gente conectada con la fundación del Fondo), pero en 1937, ya viviendo en México (según su propia confesión).¹²

Las fechas descartarían la autoría de Moreno Villa. Tal vez hubiera hecho el logotipo antes de su llegada a México, para lo cual debió haber habido previa amistad con los fundadores, quienes a su vez debieron haberle hecho la encomienda, pero no se sabe de testimonio que lo registre. El dato tampoco figura en las *Memorias* de Cosío Villegas, aunque acaso no sea una fuente confiable, debido a sus omisiones sobre episodios relevantes del FCE. ¿Olvidó anotarlo Moreno Villa en su *Vida en claro*? Parece difícil, por la atención que le dedica a su obra literaria y plástica a lo largo de su evocación y dada su explícita gratitud hacia México.

Está por el momento el testimonio según el cual Díaz de León se arroga la paternidad. Y una pregunta: ¿en qué basaba su dicho la viuda de Moreno Villa?

* * *

De manera honoraria, la Secretaría de Hacienda se integró a la Junta de Gobierno, lo que consolidaba al Fondo dentro del sector público y allanaba la negociación de su presupuesto.

El director de la editorial en turno relata el “sistema para sacarle dinero a nuestros ricachones”. El origen quizá de la charola cultural:

¹² Martí Soler, “¿Historia?, ¿leyenda? El logo del Fondo de Cultura Económica” en *La Gaceta*, no. 453, septiembre de 2008, p. 28.

Consistía en una invitación del secretario de Hacienda Eduardo Suárez a un grupo de seis u ocho banqueros, industriales, mineros o comerciantes, a almorzar en el Club de Banqueros. Tras una comida encargada especialmente, y de beber vinos y licores de las mejores marcas, Suárez decía haberlos convocado para escucharme. Como de rayo, un mozo del Fondo muy bien adiestrado ponía frente a cada invitado una pila de diez o quince volúmenes editados recientemente, y yo hacía una breve historia del Fondo, de los fines que perseguía, y de la necesidad de allegarse recursos adicionales, sea para iniciar una nueva sección de publicaciones, sea para emprender reediciones de los títulos agotados, etcétera. Al acabar mi exposición, Eduardo Suárez, afable pero directamente, decía: “Queda abierta la lista de contribuciones”. Llegamos a perfeccionar tanto el sistema “extractivo” que logramos que Aarón Sáenz nos sirviera de “palero”, pues desde la primera comida advertimos, por una parte, que se producía un silencio embarazoso, y por otra, al invitar Sáenz a declarar las posibles contribuciones, los invitados ofrecían un donativo claramente inferior a lo que nosotros estimábamos que podían dar. Con Aarón Sáenz a nuestro lado, en primer lugar se rompía el silencio embarazoso, y en segundo, a nombre de sus empresas ofrecía una suma bastante alta, que ponía en aprietos a los invitados que representaban a negociaciones cuyo capital era visiblemente superior al que podía representar Sáenz.¹³

Pero a veces hacía falta más.

Para El Colegio de México, que se crearía en 1940, Cosío Villegas aplicaría la misma fórmula, aunque con una estrategia diferente,

[...] en parte porque los posibles contribuyentes eran los mismos, y en otra porque nuestra observación nos conducía a admitir, primero, que el rico mexicano no está acostumbrado a dar dinero para nada, y que cuando lo suelta, lo pone en una empresa religiosa o caritativa, digamos una maternidad o una guardería de niños. El Colegio, en primer lugar, era una institución de educación superior, y en segundo, sin ningún vínculo o propósito religioso, o más claramente católico.¹⁴

El de Cosío Villegas era un mérito doble: las piedras de fundación de instituciones culturales y las bases de la mentalidad del mecenazgo cultural. ~

¹³ Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 182.

¹⁴ *Idem.*